



Santiago Pajares

La lluvia de Ionah



La lluvia de Ionah

Santiago
Pajares

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1341

© Santiago Pajares, 2011

© Editorial Planeta, S. A. (2015)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.cdestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2015

ISBN: 978-84-233-4976-0
Depósito legal: B. 17.236-2015
Impreso por Artes Gráficas Huertas, S. A.
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

—

Arena. Arena hasta donde alcanza la vista. Arena en todas direcciones. Y en medio de esa nada que es toda arena un pequeño pozo, dos palmeras, un escueto huerto y un cobertizo. Y yo en el tejado, tratando de imaginar la lluvia.

Miro las pequeñas gotas en las lajas de piedra e intento evocarlas cayendo del cielo por miles, por millones, empapando la eterna arena hasta tal punto que ya no puede absorber más, creando charcos, haciendo que el verde crezca por sí solo sin la ayuda del hombre con su cubo y su polea, empapando mi pelo y mi piel, escurriéndose entre mis dedos sin que me importe.

Eso es lo que hago. Imagino lluvia.

Madre sí que vio lluvia muchas, muchas veces. Me decía que para ella era algo normal, que no le daba mayor importancia. Yo no podía imaginarme cómo podía ser así, cómo ver caer agua del cielo podía resultar corriente a nadie. Quiero decir... ¡agua del cielo! Es hermoso pensarlo. Duele pensarlo.

Pero eso era antes de que todo cambiara. Eso dijo madre.

Ahora no desperdiciamos agua. Nunca. Ahora no lloramos.

Me mantengo bajo el sol hasta que siento que la grasa bajo mi piel va a comenzar a hervir. Un instante antes de que eso ocurra, salto del tejadillo y me tumbo en la sombra. Aún me sorprende cómo se mantiene fría la arena cuando no le da el sol. Ojalá yo pudiera hacer lo mismo.

Así todos los días, uno tras otro. Mes tras mes y año tras año. Viendo el sol salir y ponerse tras las dunas.

Pensé que siempre sería así. Ahora sé que me equivocaba.

2

—

Desierto, me dijo madre que lo llamaban. Es una palabra extraña. La repito en voz alta una y otra vez como hago cuando hablo conmigo mismo. Para no olvidar el sonido de mi propia voz que suena tan distinta dentro de mi cabeza recalentada... Desierto.

Porque ponerle un nombre implica acotarlo. Como si hubiese otras cosas que no fueran desierto. Trato de imaginar otros lugares, pero no puedo. Algunas palabras de madre carecen de sentido para mí, pero no por eso dejan de ser importantes. Ahora que ya no está, sólo me quedan sus palabras.

Desierto es una de ellas. Ella lo odiaba, porque había conocido otras cosas, como la lluvia. Creo que las echaba de menos, como yo la echo de menos a ella. Sólo puedes echar de menos aquello que has conocido. Yo no puedo odiar el desierto. No he conocido nada más.

3

≡

Madre sabía que aún no estaba preparado para aprender a pelear, pero no le importó. Me dijo:

—El desierto no va a esperar a que estés preparado.

Lanzó un golpe. No muy rápido, no muy lento. Lo esquivé.

—No sé por qué tengo que aprender a pelear. No hay nadie aquí aparte de ti y de mí.

—Por ahora.

Lanzó otro golpe. Rápido. Rozando mi mejilla.

—Un día vendrá alguien y te obligará a pelear.

—¿Por qué tenemos que pelear?

—Está en nuestra naturaleza.

Di dos pasos hacia atrás.

—No quiero pelear contigo.

—No importa lo que tú quieras.

Adelantó otros dos pasos y lanzó otro golpe. Lo vi venir y lo esquivé.

—Nunca querré luchar contigo, madre.

—Entonces siempre llevarás las de perder.

Se movió rápido. Tan rápido que su puño fue sólo un destello al sol del mediodía cuando impactó

en mi cara. Caí al suelo y comencé a llorar. Ella se mantuvo de pie a mi lado, pero no me ayudó a levantarme.

—Nosotros no lloramos. Arriba.

Pero yo no podía dejar de llorar. El dolor picaba más que el sol sobre mi nuca. Madre me lanzó un puñetazo en el hombro y repitió:

—Nosotros no lloramos. Arriba.

Me levanté. Mis ojos anegados en lágrimas no me dejaban ver bien.

—Levanta los brazos. Protege tu cara con los puños y tu pecho con los codos. Así. —Yo imité sus gestos y me tragué las lágrimas. Mejor dentro que fuera—. ¿Entiendes ahora cómo no importa lo que tú quieras?

Lanzó otro golpe que impactó en mis antebrazos. Dolió, pero menos que en la cara.

Aquella noche la vi salir del cobertizo y hundir la cara en la arena. No comprendí por qué lloraba. No había conseguido siquiera acertarle un golpe.

Me enseñó a levantar los brazos, a mover los pies, a esperar mi momento, a no cansarme. Y a no tener piedad. En un mundo de arena, me mostró cómo mantener mi corazón de piedra.

Me hacía mover los pies y cambiar de sitio constantemente. Me decía que a veces es mejor saber mover los pies que saber lanzar los puños. Me hacía buscar sus puntos flacos y proteger los míos. Me enseñó a luchar hasta ganar o caer. No me dejó ganar nunca.

El primer golpe que logré conectar impactó en su nariz. La sangre comenzó a manar y ella cayó al suelo. Me situé a su lado, pero no la ayudé a levantar.

tarse. Por alguna razón, sentí que a ella no le habría gustado.

Aquella noche me escabullí del cobertizo y hundi mis gritos en la arena. Cuando regresé, ella estaba de pie, sonriendo.

4

四

Mi nombre es Ionah. Significa «paloma». La paloma era una pequeña ave grisácea que se utilizaba para enviar mensajes de un lugar a otro. Mucha gente creía que las palomas eran animales inteligentes capaces de comprender un destino y dirigirse a él. Pero madre me explicó que el método consistía en adaptarla a un palomar al que siempre regresaría, no importaba dónde estuviera. Una paloma podía recorrer ochocientos kilómetros en una jornada, guiándose de forma misteriosa para regresar al lugar de partida.

Madre me llamó Ionah en recuerdo de ese animal cuya única obsesión era volver a casa. ¿Pero cómo voy a saber lo que es una paloma si jamás he visto una? ¿Cómo voy a poder volver a casa si este cobertizo en medio de la tierra vacía es lo único que he conocido? ¿Y si éste es el lugar al que siempre he de regresar?

Madre me enseñó que el pozo era lo más importante, incluso más que ella misma. Sin aquella agua parduzca moriríamos sin remedio. Era el agua que hidrataba nuestros cuerpos y alimentaba el escaso huerto. Las palmeras datileras viven con la cabeza en el fuego y los pies en el agua. Sus raíces, hundidas en la arena, tan profundas que el desierto no puede arrancarlas, extrayendo su jugo. Eso fue lo que impulsó a madre a excavar un pozo junto a ellas. Yo era demasiado pequeño para recordar cómo lo construyó, pero me lo explicó muchas veces, para que conociera bien el proceso. Muchas más de lo que yo se lo pedí.

—Al ver una palmera sabes que hay una veta de agua, pues si no la palmera no podría sobrevivir. Pero esta veta es profunda, el desierto no cede su jugo fácilmente. Es por eso que los arbustos y los árboles frutales no pueden llegar a él. Para llegar hasta una de esas vetas de agua en el desierto, hay que merecerlo. Las palmeras lo merecieron y nosotros también.

La boca del pozo tendría dos metros de diáme-

tro. Para que la eterna arena no lo anegara era necesario contener las paredes con lajas de piedra plana, unas encima de otras alrededor del agujero. Según se iba sacando tierra era necesario poner una laja debajo que sujetara toda la columna.

—Si una de estas lajas se desprende en el proceso, corres el riesgo de que toda una columna de piedra caiga sobre ti. Y si es así, mejor será que te mate porque, si no lo hace, detrás vendrá la arena.

Había que sacar la tierra del fondo con un cubo y una polea. Un niño pequeño como yo lo era entonces no podía ser de mucha ayuda. Incluso levantar una de aquellas lajas suponía tensar todos mis músculos. Fueron los brazos de madre los que tuvieron que subir aquella cantidad de arena a pulso para dejarla caer fuera una vez llegado arriba.

—En un buen día de trabajo puedes ganar sesenta centímetros al desierto. Aunque nunca sabes si eres tú quien gana o es el desierto quien te permite cavar tu propia tumba.

»Cuanto más abajo llegas, menos oxígeno hay para respirar y más opresiva es la sensación. A partir de diez metros, rezas para que la siguiente palada te muestre algo de humedad. Rezas para que todo acabe pronto de una forma u otra.

»Catorce metros más abajo está el agua. Sólo las palmeras y los locos están dispuestos a llegar tan lejos. Sólo las palmeras y los locos sobreviven.

»Debes verificar las lajas, una a una, de más arriba a más abajo. Debes tocarlas con cuidado y percibir si se mueven. Si es así, debes golpearlas con el martillo con cuidado para volver a encajarlas. Hay

que apoyar los dedos en los bordes y sentir el movimiento. Mejor dos golpes suaves que uno brusco. Cuando notes que ya no se incrusta más, detente. Siempre de arriba abajo. Si una de las piedras por encima de ti se desprende y te golpea, será tu fin. Y el mío. Lo único que quedará serán las palmeras.

Hay que comprobarlas todos los meses, sin excepción. Una a una. Madre me enseñó el método y la importancia de hacerlo correctamente. Porque si una de las lajas se aflojara y se desprendiese, la arena manaría por el hueco y absorbería el agua del fondo del pozo. Y si eso ocurriera, más nos valdría tumbarnos en la arena y esperar a los buitres.

6

六

En el desierto no abunda la comida. Nuestro pequeño huerto nos provee de algunos vegetales, pero el cuerpo humano necesita proteínas. Madre me lo explicó. Si no comes lo suficiente, el cuerpo comienza a gastar la energía almacenada en forma de grasa. Cuando esta grasa se acaba, comienza a consumir los músculos. Después, mueres. Debes evitar que eso ocurra comiendo proteínas.

Madre me dijo que era reacia al principio, pero que cuando el hambre aprieta como el sol al mediodía, cuando la sensación de vacío en tu estómago hace que los mareos sean algo tan doloroso como placentero, en ese punto, estás dispuesto a comer cualquier cosa.

Los lagartos tienen muchas proteínas.

Me enseñó a preparar trampas. Decía que los animales del desierto estaban mejor adaptados que nosotros, así que era complicado cazarlos a la luz del día. Debíamos usar nuestro cerebro.

—¿Cómo sobreviven los lagartos sin beber?

—Lamen el rocío de las piedras. Las escamas de su cuerpo les sirven para captar la humedad.

—Están bien hechos.

—Sólo han sobrevivido los más fuertes.

Ideó trampas para cazarlos y luego los asábamos en el fuego. Ella decía que su carne era gelatinosa, pero yo nunca había probado eso que ella llamaba gelatina. Para mí era sólo carne.

Al principio me daban pena los lagartos, con sus cabezas aplastadas en las trampas. A veces su lengua sobresalía por un lado dándoles un aspecto lastimero. Madre me dijo que podían sentir dolor, pero no tenían sentimientos.

—¿Eso nos hace superiores?

—Exacto. Eso es lo que distingue a los animales de las personas.

—¿Por qué comemos lagartos?

—Por las proteínas.

—Pero ellos también necesitan proteínas.

—Ellos comen insectos para obtenerlas.

—Y nosotros lagartos.

—Sí.

Me explicó la jerarquía del mundo animal, lo que ella llamaba «cadena alimentaria». Me pareció lógico, pero injusto. Los lagartos no nos habían hecho nunca nada.

—Si los lagartos comen insectos y nosotros lagartos... ¿quién nos come a nosotros?

Madre calló y se quedó mirando las lejanas dunas, como siempre hacía cuando le preguntaba algo sobre cómo eran las cosas antes de que todo cambiara. No siempre contestaba, pero esa vez sí. Apenas un murmullo.

—Nos devoramos unos a otros.

7

七

Las tormentas de arena son la forma que tiene el desierto de gritar. Nos recuerda que siempre ha estado ahí, que es mucho más que arena y sol. El desierto nos habla, pero como todo aquel que habla, también grita. Es cuestión de tiempo. Madre lo comprendía y estaba empeñada en que yo también lo hiciera, porque esa comprensión era la que me permitiría sobrevivir. Sabía leer las corrientes de aire y el lenguaje de las dunas. Sabía cuándo permanecer en pie y cuándo refugiarse en el cobertizo y bajar la cabeza.

Cuando se acercaba una tormenta corríamos a asegurar la entrada del pozo y cubríamos el pequeño huerto con plásticos raídos que no siempre soportaban el azote del viento. Atrancábamos la puerta y la ventana del cobertizo y cubríamos las juntas con paños, apretando fuerte para encajarlos. Después nos tumbábamos en el pequeño colchón y suplicábamos para que una vez acabada la tormenta los daños fueran mínimos. Que el pozo aguantara. Que el huerto aguantara. Que nuestras mentes aguantaran.

Rendíamos pleitesía al desierto, que nos toleraba como sus parásitos.

Cuando la tormenta terminaba salíamos del co-bertizo. Veíamos los cambios en las dunas, cuyas crestas de arena habían corrido empujadas por el viento. Las rocas que antes conocíamos quedaban sepultadas y descubríamos otras nuevas. Madre maldecía porque eso significaba que tendría que construir trampas nuevas. Yo me alegraba. Cuando estás anclado a un lugar, sólo puedes desear que todo cambie a tu alrededor.

A veces veía nubes en el cielo, lejanas como las dunas más apartadas. Madre me dijo que si eran blancas, pasarían de largo. Cuando eran grises, es que venían cargadas de lluvia. Casi nunca había nubes, pero nunca habían sido grises.

—¿Por qué ya no llueve, madre?

—Porque la lluvia indicaría que el desierto ha perdido, y el desierto nunca pierde.

—Entonces, ¿nunca lloverá?

—Sí lo hará.

—¿Cuándo?

—Cuando las cosas vuelvan a cambiar.

—¿Es el desierto el que no quiere que llueva?

—Exacto.

—¿Crees que el desierto nos mandará lluvia alguna vez?

—Sí.

—¿Cuándo?

Madre me miró. Ella nunca me miraba cuando hablábamos.

—Cuando tu valor, tu esfuerzo y tu sacrificio le conmuevan lo suficiente para llorar sobre ti.

Madre renegaba de nuestro cobertizo. Siempre deseó haber tenido más materiales para haber construido algo mejor. Era por eso que se negaba a llamarlo «casa». Siempre usó la palabra «cobertizo» y las pocas veces que dijo casa fue para corregirlo un instante después. Me explicó la diferencia entre casa, cabaña, cobertizo y hogar, pero para mí eran la misma cosa. Aquellas cuatro paredes cochambrosas construidas con materiales de desecho eran las que nos protegían del sol y las tormentas de arena. Las que evitaban la entrada de animales.

Nuestros únicos enseres eran un colchón relleno de arena, dos sillas, unos odres, una mesa y una balda donde guardábamos nuestros pocos tarros de cristal. Todo había sido construido con materiales que madre había traído de muy lejos. Cada una de las maderas y de los metales eran distintos, y yo me entretenía pensando a qué podían haber pertenecido.

Algunos de aquellos materiales tenían siglas grabadas. Yo no las conocía y le pregunté a madre por su significado, pero me dijo que ya no eran nada,

sólo números y puntos sin sentido. Retazos de antes de que todo cambiara.

Algunas veces, cuando madre tenía un día malo y caminaba por el cobertizo en círculos, gritaba: «¡Cómo me gustaría tener un retrete!». Tanto pregunté que al final terminó por explicármelo, pero no me lo creí. ¡Cagar en el agua! Iba en contra de todo lo que ella me había enseñado, así que supuse que era una broma. Si el excremento entraba en contacto con el agua, ésta se corrompía. El agua era para beber o para regar los huertos. Esto lo sabía yo desde que tenía uso de razón.

Nosotros defecábamos y nos limpiábamos con arena. Ésta deseca el excremento y hace que no huela. Una vez seco lo desmenuzábamos sobre el huerto para que sirviera de abono a las plantas. Las plantas daban frutos que nosotros comíamos. Tenía un sentido muy claro. Lo que a nosotros nos sobraba alimentaba a las plantas que a su vez nos alimentaban a nosotros. Madre lo llamaba el pequeño ciclo de la vida. Yo lo llamaba el pequeño ciclo de la mierda. Ella reía cuando me lo oía decir, así que yo trataba de decirlo a menudo.

9

九

Creo que la primera vez que pregunté a madre debía de tener siete u ocho años. Quería saber cómo era todo antes de cambiar, cómo era el mundo en el que ella vivió, tan alejado del eterno desierto que nos rodeaba. Cómo era mirar a tu alrededor y ver otras cosas que no fueran arena.

Ella no quería responderme, pero yo seguía insistiendo.

—No podrías entenderlo. No desde este lugar.

—Me esforzaré.

—No es cuestión de esfuerzo. Si te contara lo que conocí, te haría desear cosas que no podrías tener. El deseo puede volverte loco en un lugar así.

—Aun así, me gustaría que me lo contaras.

—No.

—Lo merezco.

Madre se giró hacia mí y me levantó en vilo, golpeando mi espalda con la pared del cobertizo.

—¿Qué has hecho para merecerlo?

Yo me oriné en mis ajados pantalones, pero conseguí retener las lágrimas. Contesté entre hipidos:

—Sobrevivir.

Madre me dejó en el suelo y se dio la vuelta, mirando las lejanas dunas. Yo era demasiado pequeño para saber si se había enfadado conmigo o por fin había dicho algo que la afectara. Madre era seca y dura como el desierto.

Se dio la vuelta y me habló con lo más parecido que tenía a la ternura.

—¿Recuerdas la primera vez que te hablé de la lluvia? Eras muy pequeño.

—Sí, madre, lo recuerdo.

—¿Recuerdas cómo no podías imaginarla?

—Sí.

—¿Puedes imaginar la lluvia ahora?

Mantuve silencio unos segundos, pensando si debía decirle la verdad.

—No puedo.

—¿Y quieres que te cuente todo lo demás si no puedes siquiera imaginar la lluvia? Créeme, no podrías soportarlo y entonces desearías no saberlo. Yo desearía no saberlo.

—¿Por qué?

—¿Sabes lo que es la nostalgia?

—No.

—Eso es porque nunca has perdido nada.

Nos mantuvimos en silencio hasta que las sombras de las dunas desaparecieron.

—Jonah...

—¿Sí?

—Te lo contaré algún día, ¿de acuerdo?

—Vale.

—¿Podrás esperar?

—Esperaré.

Y esperé. Tardó años. Fue lo último que hizo. A partir de entonces comprendí lo que era la nostalgia.

Madre encontró aquellas piedras en una de nuestras habituales salidas para poner trampas. Buscábamos grupos de rocas con hendiduras profundas y colocábamos la trampa en la parte interior, lejos de las miradas de los ávidos buitres. Los lagartos caían en las trampas y nosotros los íbamos a buscar al día siguiente. Al principio volvíamos con pocos o ninguno, pero la experiencia nos dijo qué lugares eran más adecuados y repetíamos una y otra vez.

Fue en una de esas excursiones cuando algo atrajo su atención. Introdujo el brazo por la hendidura y sus dedos rebuscaron en el fondo. No me hizo caso cuando dije que no me parecía una buena idea. Sacó una pequeña piedra que sostuvo en la palma de la mano. Era dorada y no muy dura. Arrancaba destellos a la luz del sol.

Pareció olvidarse de las trampas y rebuscó en las hendiduras y alrededor de las rocas. Escarbaba en la arena con las manos, tratando de asir algo sólido. Parecía nerviosa, ella que nunca perdía la calma.

Terminamos de colocar las trampas y volvimos a casa con un pequeño puñado de piedras. Madre las

puso encima de la mesa y las miraba una y otra vez. Yo las estuve tocando y no me pareció que merecieran tanta atención. Cuando las apretaba una contra otra se deformaban, lo que me demostraba que incluso como piedras no eran muy buenas. Ni siquiera hubieran servido para el pozo de haberlas encontrado más grandes.

Le pregunté el nombre de la piedra, pero la palabra que me respondió no me dijo nada. Pareció interesarse por ellas un par de días, y al final sacudió la cabeza y las dejó en la estantería.

—Madre, sólo son piedras...

—Eso es lo peor de todo, que sólo son piedras.

—No comprendo.

—Ésta es una de las cosas que hizo que el mundo cambiase.

—¿Estas piedras?

—No, la avaricia.

—Pero ¿sirven para algo?

—No. Ya no.

—Entonces, ¿por qué las guardas? ¿Por qué no las tiras?

Madre no respondió.

II



A veces soñaba que venía alguien. Veía una silueta oscura entre las dunas, acercándose. Verla me producía una sensación extraña y desconocida. No sabía si era temor o ansia. Siempre me despertaba antes de que la silueta llegara a nuestro cobertizo. Incluso algunas veces al despertar buscaba sus huellas en la arena, pero nunca encontraba otras que no fueran las reconocibles pisadas de madre o mías.

Sabía que madre no quería que viniera nadie hasta donde estábamos. Nunca me lo dijo, pero sé que nunca hicimos nada por contactar con alguien. Yo tampoco hubiera sabido qué hacer si lo hubiéramos intentado.

—Madre, ¿has soñado alguna vez que viene alguien?

—Sí.

—¿Y qué hacías en el sueño?

—Nada.

—¿Por qué?

—Sabía que era un sueño.

—¿Sabías que era un sueño mientras estabas soñando?

—Exacto.

—¿Y podías hacer lo que querías?

—Sí.

—¿Y no hiciste nada?

—No hice nada.

—¿No tenías curiosidad?

—No.

Me quedé en silencio. No sabía qué más decir. Sabía que nada podría arrancar a madre algo que no quisiera decir.

Entonces ella me preguntó.

—¿Tú lo has soñado alguna vez?

—Sí. Muchas veces.

—En tu sueño, ¿querías que viniera?

—Creo que sí. No estoy seguro.

—¿Porque no sabías si venía a ayudarnos o a hacernos daño?

—Por eso, sí.

—¿Y entiendes que no podemos saberlo y por eso yo prefiero que no vengan?

—Sí, lo entiendo.

—Gracias, hijo.

Aquella noche volví a soñar con la silueta entre las dunas. Abrí los ojos y madre aún dormía. Le toqué el hombro.

—Madre...

—¿Sí?

—A veces creo que me gustaría que viniera alguien aunque fuera a hacernos daño.